



## Escribir y ordenar

A veces pienso que escribir no es más que recopilar y ordenar y que los libros se están siempre escribiendo, a veces solos, incluso desde antes de empezar materialmente a escribirlos y aún después de ponerles su punto final. La cosecha de las sensaciones se tamiza en la criba de mil agujeros de la cabeza y cuando se siente madura y en sazón, se apunta en el papel y el libro nace. Lo que sucede es que el libro, después de nacer, sigue creciendo —armónico y desordenado— y evolucionando: en la cabeza de su autor, en la imaginación o en el sentimiento de los lectores y, por de contado, en las páginas de sus ulteriores ediciones. Estos crecimientos no son de la misma sustancia, bien es verdad, pero todos le hacen crecer. Un niño crece de diferente manera que un cáncer, pero el cáncer —y eso es lo malo— también crece.

... Montaigne llamaba al orden virtud triste y sombría. Probablemente, Montaigne confundió el orden con su máscara, con su mera apariencia; es actitud frecuente entre las gentes de orden, entre quienes llaman orden a lo que no es ritmo sino quietud y, a fuerza de no distinguir entre el culo y las cuatro temporadas, acaban tomando el rábano por las hojas. Yo pienso que el orden es algo alegre, vivo y luminoso; lo que es triste y muerto y opaco es lo que suele darse, fraudulenta y enfáticamente, por orden, cuando en realidad no pasa de ser un vacío. El firmamento es un hermoso prodigio de orden. El orden público, por el contrario, no es más cosas, con harta frecuencia, que un caos silencioso al que se fuerza a fingir el límpido color del orden, aunque, claro es, nadie acabe creyéndose.

Pero si a veces pienso que escribir y ordenar son una misma cosa, otras veces sospecho lo contrario y hasta llego a creer en la inspiración de que nos hablan los poetas románticos —esos grandes mixtificadores— y los críticos románticos —esos denodados paladines de la confusión. Entiendo saludable —no sé si sabio— no pensar siempre en lo adjetivo y sí, en cambio, variar un poco en lo sustantivo y permanente. Lo digo a cuenta de que tampoco me extrañaría poder llegar a incluir a la inspiración en la órbita del orden...

*Camilo José Cela. Tomado de su prólogo a la novela "La familia de Pascual Duarte". Nobel 1989. España*

## El colchón de doña Costa

Todos los barrios tienen su historia, y también los que los habitan y frecuentan.

Ésta es la historia de doña Costa, vecina del barrio de Santo Domingo, llamado así por el templo luciendo una elegante y sencilla torre de piedra con varias campanas dedicado a ese Santo.

Hace unos cincuenta años, detrás de ese templo y su torre, había un espacio cubierto por un oscuro medio tinglado de calamina donde se vendía carbón; espacio lindante con las altas paredes del mercado que también llevaba el nombre del Santo.

Más arriba, anunciándose con un gran letrero, se abría el almacén amplio y repleto del yugoslavo Harasic. Detrás del mostrador, Niro, joven sobrino del propietario del abarrotoado negocio, amable pesaba azúcar por libras sobre fino papel blanco de seda; envolvía jabón "Sunlight", también en papel seda, obsequiando de "yapa" galletas con dulce, y la revista "Manolín", simpática propaganda colorida con las aventuras de "Manolín y Nenuca", dos robustos niños alimentados con harina lacteada Nestlé, producto suizo derivado de las vacas y la industria de ese lugar, llegando por mediación de la Casa "Duncan Fox" de la ciudad.

En la esquina, en el edificio del mercado estaba el cuartel de la "Compañía Slava de Bomberos N° 1"; cruzando la calle y al frente se extendía la casa de doña Mariquita y doña Genovita Téllez, abarcando casi una manzana. En el ángulo se veía un fundamento central de piedra que servía antes para sostener las puertas que existían a ambos lados de las dos calles.

Subiendo la calle, más arriba, la panadería "La Estrella", respetuosa de la fórmula amasada y del peso, vendía el "pan de mesa", fino y escogido, y el pan "kjasi" de batalla, dos por 5 centavos.

La calle terminaba a las tres cuadras, allí comenzaba a subir el Pie de Gallo, hermoso cerro con una enorme rajadura guardando el secreto de siglos de promesas mineras, absorto en una leyenda de amenaza petrificada.

Al final de la calle existía un cenital, donde el "huajtaco" "ackador" y mendigo arrojaba la ceniza consumida en la "chaka" de la chichería del barrio. En esa vecindad vivía doña Costa, dueña de una casita ruinosas con pobres habitaciones, al lado de la propiedad de doña Simona la vendedora de "thaya", y de su inquilina Paulina Soliz que más respondía al sobrenombre de Agua de la Vidita.

Doña Costa vivía sola, ocupando su tiempo en recoger las velas de sebo que se consumían en los altares de la iglesia del Socavón, secundando al sacristán Benancio, en Santo Domingo, y en barrer las calles, los guardacantones y todo el espacio señalado por el propietario que la contrataba.

Muy de mañana, casi al alba, con la cabeza amarrada con un pañuelo, salsa de su tabuco y su casa para ejercitar ese menester con dos pequeñas escobas, gastadas "pichanas" de nativa fabricación.

Pobre y desgalichada, recordaba —cuando se le presentaba la ocasión— que estando pequeña, en la fiesta que celebraban las chifleras del mercado en honor y devoción del "Tata Compadres", bailaba descalza con otras niñas del barrio, agitando banderitas de papel multicolor en la tradicional procesión solemnizada por todo el barrio.

Doña Costa, sufría muchas privaciones, y a sus setenta años o más, en toda estación barría cumplidamente las calles, siempre devota del "Tata Compadres", y más aún de la Virgen del Socavón.

Un día, la calle denunció la falta de sus dos escobas; y se notó la ausencia de su pañuelo anudado en su cabeza. El vecindario preguntó por ella, y fue a visitarla. La encontró enferma y postrada, movía a compasión la pobreza y la soledad en que se encontraba; sola con un gato y rodeada de miserables enseres.

Así, no tardó en alejarse se este mundo.

Las vecinas —caritativas siempre— recordaron entonces que doña Costa hablaba de una sobrina, única allegada suya a quien decidieron buscar y, advertirle de sus deberes de pariente y mortal.

La sobrina llegó muy después —indiferente— para hacerse cargo de la casa y el contenido del cuarto de su tía. Sola y despreciativa entró a la pobre habitación: allí resaltaba el colchón, remendado, viejo, desastrado, sucio y deforme sobre un oscilante armazón de hierros inservibles. La impaciencia le impulsó a arrojar el colchón al suelo: con la violencia, éste se rompió por un costado dejando asomar algo extraño por la rotura. La sobrina descubrió —entonces— que aquel colchón, de apariencia tan miserable, estaba relleno de billetes del Banco.

Después de un tiempo, y ante el ingenuo asombro del vecindario, la sobrina —que se había tomado muy jovial con todos— edificó una casa de dos pisos en el sitio heredado, y durante mucho tiempo gustó las fruiciones diarias de una buena mesa, donde el principal menú era el blanco de ave.

El barrio de Santo Domingo extendiéndose y trepando alegre al Pie de Gallo, aturdido por mercados de baquelita, y el elaxon electrónico de los nuevos automóviles, ha olvidado a la humilde vecina que con la compañía de un gato, dormía sobre una fortuna soñando —avarienta— aumentar su cuantía, sin imaginar que la disfrutaría una desconocida sobrina ingrata.

*José Bravo Riva, Oruro, 1923 - 1988.  
La narración pertenece a su libro  
"Cuentos del Pie de Gallo".*

